

# ¿Que dure, dura, dentro?

Primera semana de la Ruta Sexualidad, primera semana de experiencias inolvidables. Desde Kaliningrado (Rusia) hasta Grudziadz (Polonia) hay 282 km, ¡pero qué kilómetros! No ha faltado ni el fuerte aguacero –que nos cogió justo en la frontera- ni las altas temperaturas. Hasta 35 grados al sol y nosotros teniendo que arrastrar a pulso esos monstruos que tenemos por bicicletas por un camino de tierra. La única compañía mientras las ruedas se hundían en la arena y teníamos que bajar a empujar: los tábanos y los mosquitos.

Pero no todo ha sido sufrimiento durante estos primeros días de ruta. Tanto las ciudades como los pueblos polacos tienen un encanto sin igual y la comida es definitivamente de lujo. Tal vez, lo que más me ha sorprendido es la gran cantidad de shows de striptis, de sex shops y de tiendas eróticas que hay en Gdansk. Incluso había un local que ofertaba todo tipo de ropa sensual de cintura para abajo. Aunque eso sí: estaba principalmente enfocada al público femenino, así que salimos con las manos vacías.

Pese a todo, lo que más me ha hecho reflexionar durante esta semana ha sido un anuncio de viagra en la pared de un edificio de Grudziadz. En él que aparecía una mujer sonriendo a un hombre que tenía un bulto en el calzoncillo. No es difícil interpretar por qué sonríe la mujer, ¿pero qué hay detrás de esa sonrisa?

Ciertamente, cabrían infinidad de lecturas. Sin embargo, en esta ocasión me gustaría detenerme en la genitalidad del asunto. A día de hoy todavía vivimos en una sociedad donde la mayor parte de las relaciones eróticas están bajo la influencia de lo que los sexólogos llaman la tiranía de las tres D: que dure, dura, dentro.

Salir de esta dinámica que prescribe la genitalidad y la penetración como principal fuente de gozo erótico y abrir la mente y no solo las piernas al amplio mundo de prácticas posibles –no tanto como preliminares sino como relaciones completas por sí mismas- es una de las tareas pendientes que tenemos por delante.

¿Por qué? Porque descubriríamos infinidad de placeres que o no nos imaginamos, o no nos permitimos o no ponemos en valor; y porque la obligación –junto a la repulsión- es uno de los principales enemigos del deseo. Y claro, si juntamos el deber con el placer es probable que nos llevemos más de un chasco e incluso, depende de la situación y de la frecuencia con la que ocurra, que nos angustiemos por ello. Así que ya sabéis: esta semana toca experimentar y dejarse llevar.